

Vistas y entrevistas

Enric Satué

Diseñador gráfico, profesor, escritor y académico

Félix Beltrán es todo un caso. De haber espacio y función para un cargo como el de embajador plenipotenciario del diseño gráfico en el mundo, pienso que el puesto nadie lo cubriría con mayor solvencia que él, así como tampoco creo que hubiese nadie con la menor duda al respecto. Ya en 1975, con motivo de la edición de un libro primerizo publicado en Cuba del que fue autor (*Acerca del diseño*), le definían como un beneficiado «miembro de innumerables instituciones internacionales especializadas».

Como el más eficaz de los bibliotecarios que en el mundo han sido, incluyendo el ejercido por el atrabiliario Jorge Luis Borges o por el virtual un día imaginado por Jean-Paul Sartre, nuestro hombre en el diseño ha dedicado la mayor parte de sus energías —desde el año triunfal de la Revolución cubana, en julio de 1959— a relacionarse personal y frecuentemente con todos y cada uno de los diseñadores contemporáneos que tenían un puesto asegurado en la historia de nuestra profesión, dispersa y ecléctica como pocas. Como bibliotecario en ciernes, el resultado de sus permanentes y honorables «relaciones públicas» consiste hoy en un archivo acumulado de tal envergadura que, por sí solo, constituye una historia potencial del diseño gráfico universal que alguien con tiempo debería animarse a escribir.

Casi resulta ocioso añadir que Félix Beltrán es uno de «mis queridos diseñadores (gráficos)», tal como reza el título de uno de mis libros en el cual se glosa su gigantesca trayectoria profesional y pedagógica, en clave jocosa y con no poca ironía, en compañía de otros 46 queridos diseñadores más a los que tuve la oportunidad o el privilegio de tratar, con mayor o menor frecuencia e intimidad, y cuya obra diversa —y a veces antípoda— cuenta con mi más sincera admiración.

Tanto la formidable vocación pedagógica como la inagotable curiosidad de Félix se fortalecen en ese su quehacer incansable y andariego. Sin la menor exageración puedo afirmar que todo el diseño gráfico de la segunda mitad del siglo xx le pertenece por derecho propio, por haberlo pateado antes y mejor que nadie. Félix Beltrán lo sabe todo acerca del diseño de la época, pero más todavía de los diseñadores que lo proyectaron. Desde 1956, cuando Paul Rand le dijo que el genial logotipo de IBM con las letras listadas no contó con la aprobación de un miembro del consejo de administración de la empresa multinacional porque le recordaban los uniformes rayados de los presos, hasta 1975, cuando Milton Glaser le confesó que la idea de su *I love NY* se le ocurrió en un taxi. Félix le comprendería perfectamente, puesto que él también solía cazar sus ideas, como se apresan las mariposas, al vuelo.

Félix se dio a conocer al mundo con su magnífico cartel para el ahorro

de electricidad (el del muy justamente famoso CLIK). Quizá fuese el primer cartel de la historia de América Latina en que se usó una tipografía de palo desmarcada de la futura y con visos de helvetica (¿tal vez una akzidenz o una franklin gothic?). No sé si fue una akzidenz o una franklin gothic, pero con ella aludía a la que estaba dando carta de personalidad a la nueva Europa de la modernidad, la funcionalidad y la racionalidad, expresión del diseño moderno, funcional y racional que se generó desde entonces en Suiza en 1956 alrededor de la simple creación de una fuente tipográfica nueva (Neue Haas) que con el tiempo haría furor y se convertiría en su emblema (más tarde fue rebautizada con el nombre felizmente universal y mnemotécnico de helvetica). En este sentido, el escueto cartel de Félix actuaba de primera lección magistral de un alumno que empezaba a ser maestro.

Por supuesto, los impulsores del estilo suizo que se expandió por el mundo del diseño a la velocidad de la luz (CLIK), principalmente Armin Hoffmann y Joseph Müller-Brockmann, figuraron enseguida en la agenda de Félix, a los cuales siguió devotamente hasta sus respectivas muertes (1996 Müller-Brockmann y ¡2020 Hoffmann!). Su especial predilección por la expresión tipográfica la hizo ampliar su devoción a la llamada «escuela suiza» en general, y a diseñadores de generaciones posteriores como Adrian Frutiger o André Gürtler. Aunque sus principales maestros fueron americanos eminentes como Saul Steinberg, Alexey Brodovitch, Paul Rand, Georges Tscherny, Henry Wolf, Ivan Chermayeff o Milton Glaser, acabó por codearse con los diseñadores gráficos más sobresalientes del mundo entero.

Su cuerpo, magro de carnes y escaso de estatura, presupone, visto con cierta perspectiva, un cierto grado de posible ingravidez. De modo que muy bien podría afirmarse que Félix Beltrán es un ser que cosecha mucho más el espíritu que la materia, una metáfora apropiada —aunque no la única— para representar el nivel de sensibilidad hacia el factor gráfico que posee, desgraciadamente muy poco abundante y tan escaso que quién sabe si no se hallará en proceso de extinción.

Claro está que el maestro jamás se cansó de inculcar a sus alumnos que «para que el público entienda nuestros mensajes hay que ser un poco convencional». Pero lo decía con la autoridad de quien ha sido antes aprendiz, artesano y artista, alguien capaz de examinar los mensajes visuales del derecho y del revés —y si fuese necesario incluso por triplicado, pese a no disponer de la suficiente investigación social—, de alguien que se lamenta con nostalgia no exenta de un lógico desencanto, de que «los jóvenes diseñadores aspiran por encima de todo a ser diferentes. No luchan por ser los mejores, sino simplemente diferentes».

Por su parte, el cuerpo de ideas que suele manejar Félix se orienta siempre hacia la manifestación precisa y sintética. Yo añadiría que suele producirse, asimismo, escueta en la forma y por lo que respecta al uso del color, más bien

lacónica. A la vista de un somero análisis de sus carteles políticos mundialmente más aplaudidos (los del estímulo a la ciudadanía a ahorrar petróleo y electricidad) incluso podría hablarse de un cartelista curiosamente onomatopéyico.

Si onomatopeya es una palabra formada por la imitación de un sonido (quiquiriquí), un ruido (boom) o incluso un fenómeno visual con el que también está vinculada semánticamente, Félix Beltrán es, sin ningún género de dudas, el primer diseñador gráfico conocido capaz de expresarse con onomatopeyas. El mundialmente famoso cartel que, sobre un fondo vacío azul grisáceo, contiene únicamente la palabra CLIK en un cuerpo tipográfico muy moderado (más bien pequeño) pero de un intenso color amarillo, sugiere inmediatamente la imagen de un sonido: el de un interruptor que, según el mensaje propuesto, se apagará por obediencia social y solidaria. Más clara onomatopeya imposible, pero es que otro cartel contemporáneo de aquel, que se propone estimular el ahorro de petróleo mediante una gota de aceite que cae a plomo, representa otra onomatopeya no menos evidente, en esta ocasión de carácter visual, y es que sobre el silencioso fondo negro casi se escucha el goteo sobre el cuenco.

A mayor abundamiento, Félix posee otra peculiaridad que contribuye, sin la menor duda, a hacer de él una especie única de diseñador gráfico. A través de la referida onomatopeya, y en este caso en un sentido estrictamente visual —o por mejor decir, gráfico—, nuestro querido diseñador puede que disfrute de la cualidad privilegiada de la sinestesia. Pues así como es bien sabido que el compositor Olivier Messiaen «veía» claramente colores en las notas musicales (asociados a sonidos, como también se dice del compositor y pianista Alexander Scriabin) Félix Beltrán percibe telúricamente, como si nada, los sonidos que puedan emitir las imágenes, tal como hemos observado en el cartel sobre ahorro de petróleo.

Una última consideración, y esta muy personal, es que sin siquiera aperibirse de ello, Félix Beltrán parece echar mano de la precisión y de la síntesis que caracteriza su obra concisa y brillante, al modo en que lo haría un auténtico poeta. Un par de versos de Jacinto Verdaguer, el poeta romántico más emblemático de Cataluña, parecen referirse a alguien como nuestro querido diseñador (gráfico):

*Poeta i llaurador sóc / i en tot faig feina tan neta / que llauro com un poeta /
i escric com un llaurador.*

Es decir: «Soy poeta y labrador / y hago una labor tan limpia / que escribo
como un labrador / y aro como un poeta.»

Cualidades, dones y peculiaridades ambas, en fin, que se tornan virtudes al divulgarlas entre sus alumnos y colegas con su retórica característica, no lejos de la diplomacia que ejerce desde hace tantos años en el mundo del diseño gráfico. Ahora bien, a la hora de plantearse la franca comunicación que persigue en sus proyectos, precisos y sintéticos, escuetos y lacónicos, y en ocasiones onomatopéyicos, no está por retóricas floridas ni versallescas. Ahí se expresa con una claridad de exposición que los hace inmediatamente legibles y fácilmente asimilables por sus contenidos limpios y racionales, sin nada que falte pero también sin nada que sobre. Tal y como ya obraron los maestros de los que aprendió, y tal y como obran los maestros a los que enseñó.

Mi enhorabuena, pues, a una trayectoria precisa, sintética, poética, onomatopéyica y encima sinestésica y diplomática, al servicio de la comunicación más noble, analgésica y afectuosa que imaginarse pueda.

Enric Satué, 2021